LA REVELACION.

REVISTA ESPIRITISTA

Año X. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 10.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, que se hallen en descubierto, se sirvan remitir el importe de la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 30 DE OCTUBRE DE 1881.

EL MENDIGO.

—

Siempre es triste ver á los pordioseros, pero en las visperas de las grandes fiestas causa mas pena por el doloroso contraste que forman sus semblantes pálidos, enflaquecidos, cadavéricos, con las caras risueñas de los afortunados. Los harapos de los primeros parecen mas sucios aun junto á los magnificos abrigos de terciopelo de las aristocráticas damas, junto á las pieles de cisne que adornan los trajes de los niños ricos.

Ayer ibamos por la calle de Fernando, que es sin duda alguna una de las mejores de Barcelona, donde nunca falta gente, y se ven en mezcla confusa todas las clases de la sociedad; especialmente en la víspera de las grandes fiestas católicas, que bien pudiéramos llamar *gastronómicas*, porque parece que en esos dias la raza humana está hambrienta, pues se apresuran á hacer provisiones desde el banquero opulento hasta el humilde obrero, y en medio de esa animacion general si se ve un mendigo cuya tríste y envidiosa mirada se fija en los transeuntes, diciendo con sus ojos—Tengo hambre, tengo frio, felices de la tierra. ¿No reparais en mi desnudez? esto y mucho mas nos dicen los mendigos en esos dias en que la humanidad conmemora alguna época notable, y esto nos dijo ayer un pordiosero cuya tristísima figura quedó grabada en nuestra mente.

Delante de un gran escaparate lleno de lindisimos juguetes, se agrupaban nueve ó diez niñas lujosamente vestidas, y tres ó cuatro señoras envueltas en magníficos chales de cachemira adornadas con bellisimos sombreros cuyas plumas descansaban en la espalda, hablaban entresi, mientras sus hijos señalaban la muñeca ó el juguete que deseaban. Como donde se paran unos cuantos, por regla general se van deteniendo los que pasan, nosotros tambien nos detuvimos para mirar una muñeca de gran tamaño que gracias á un ingenioso mecanismo daba vueltas por el salon del escaparate y saludaba graciosamente, inclinando la cabeza y doblando su talle haciendo una elegante cortesía.

Cuando estábamos mas embebidos en nuestra inocente contemplacion, un nuevo individuo vino á engrosar el grupo de los curiosos. Era un anciano mendigo cubierto de harapos, pero con una cabeza de artista, sus cabellos grises casi blancos, largos como se llevaban en el tiempo del romanticismo, descansaban sobre sus hombros, una

espesa y luenga barba daba cierta magestad á su semblante, y completaba el efecto artístico un sombrero de anchas alas que daba sombra á su frente. La cabeza de aquel hombre era verdaderamente notable, y su rostro no tenia esa expresion de hipócrita humildad que suele ser la máscara de los pordioseros, apesar de llevar un chaqueton sucio y roto no miraba implorando compasion, antes al contrario, habia algo en aquel hombre que imponia respeto.

Las niñas por un momento le rodearon queriendo salir, y él inclinó la cabeza y las miró con cierta complacencia, haciendo lo posible por dejarles el paso franco. Nosotros haciendo el papel que mirábamos los juguetes le contemplamos algunos instantes más, y sin saber por qué nos digimos:—Este hombre no es un mendigo vulgar, su cabeza habla, ¿cuál será su histosia? Ya la sabrás, nos dijo una vez lejana, y en estos momentos volvemos á escuchar esa voz misteriosa que produce en nuestro ser una inesplicable sensacion, nuestras ideas adquieren lucidez, la inspiracion inflama nuestra mente y escribimos lo que nos dicta el ser invisible que se pone al habla como diria un marino.

»Muy grato nos es á los espiritus encontrar instrumentos que sean intérpretes de nuestros sentimientos. ¡Hay tantas historias que contar! ¡Hay tantos dramas en la tierra! ¡Hay en vuestro mundo tantas tragedias cuyos actores pasan completamente desapercibidos, y sin embargo, son espíritus que valen tanto, que tienen tanta decision, tan enérgica volantad, que son dignos de figurar en los grandes poemas, que enriquecen la literatura de nuestro suelo.»

»Tu ahora vas por buen camino, Amalia; y ya era tiempo, que has perdido muchos siglos mirando á los que parecen grandes, porque tu espíritu ha sido muy dado á las vanas formas, y ahora miras á los pequeños, y esos serán los que te harán progresar, por que te harán aprender. Ayer miraste á aquel mendigo, y hiciste bien en mirarle, porque es un alma fuerte y digna que se ha puesto adelantar camino, y lo consigue. Vino á la tierra en posicion humilde, quiso la pobreza porque es una prueba muy dura, y quiso ver si en ella sabia luchar y vencer, esclavo de su honra siempre ha sido amante de cumplir con su deber y siempre ha dicho que el pan de la deshonra no alimenta. Se casó para espiar, con una mujer frívola y vana, de la cual tuvo una hija que heredó las malas cualidades de su madre, y él ha sido el mártir de las dos, murió su esposa léjos de él, le abandonó por un puñado de oro, y él para evitar el escándalo, ocultó su desgracia cuanto pudo, sobre todo á su hija, que la casó muy jóven con un honrado obrero; éste, murió violentamente á los dos años de casado dejando á su esposa con una niña de un año y en estado interesante, dió á luz aquella, y seis meses despues, abandonó la casa paterna dejando una carta á su padre, en la cual le decia que no podia sufrir una vida de privaciones y de miseria, que cuando fuera rica, recogeria á sus hijas.»

»Primero las mataré, dijo mi protegido, yo no quiero que mis hijas coman el pan de la deshonra; y se consagró á sus nietas con verdadera abnegacion. Pintor de paredes, trabajaba cuanto podia pagar la modestisima pension de sus nietas, que crecieron adorando á su abuelo, llegando á cumplir la mayor siete inviernos, y la segunda seis primaveras. En dicha época enfermó de dolores el que vino á la tierra nada más que para probar su fuerza en el sufrimiento, pronto se agostaron los ahorros del pobre pintor, pronto se vendió cuanto en la casa habia, y mas tarde fué arrojado de su vivienda porque no podia pagar el alquiler. Las pobres niñas imploraban una limosna por el pobre baldado que á duras penas iba tras ellas y se situaba á la puerta de una iglesia.»

»A veces pensaba de llevar á sus nietas á un asilo, pero las queria tanto, que no tenia valor para separarse de ellas, ni las niñas tampoco querian separarse de él, se agarraban á su cuello y le decian:—No abuelito, no, no queremos dejarte solo; y estrechamente unidos aquellos tres séres arrastra-

ban la azarosa vida de la miseria, casí felices porque se amaban.»

»Un dia llovia á torrentes y el pobre baldado tuvo que quedarse en su miserable desvan, porque la fuerza de los dolores no le permitia moverse, pero las dos niñas se empeñaron en salir á su trabajo, y su abuelo las dejó marchar con un sombrio presentimiento, porque cuando se quedó solo se dirigió á Dios exclamando:—Señor, tu que todo lo puedes, tú que atas y desatas todos los lazos de la humanidad, tú que principias y que concluyes todas las historias de los hómbres; Señor, acuérdate de mí, yo no siento el sufrir, pero el porvenir de mis hijas me espanta, si yo tuviera salud yo trabajaría para ellas, pero enfermo, que haré?... encerrarlas en un asilo, me horroriza, será irlas matando poco á poco. ¡Pobrecitas mias, ¡me quieren tanto!... si no se duermen sobre mis rodillas no saben dormir... ¿Y cómo las dejo vivir así.... en la vagancia, entre séres perdidos.... ¿qué podrán aprender estas criaturas?.... ¡Señor, Señor!.... y si su madre vuelve, sí algun dia se acuerda de sus hijas.... llévatelas Señor, ya que yo soy tan débil que no tengo valor para separarme de ellas, que las arrastro conmigo á la mendicidad, no permitas que yo vea mañana su vida de infamia; y el pobre enfermo rogó, elevó esa oracion íntima, esa plegaria que va encontrando eco en todos los mundos, y que hace sonreir melancólicamente á los espíritus que velan por los pobres proscritos de la tierra.

El que confiesa su debilidad, el que pide amparo siempre le encuentra, y mi amado protegido rogaba con verdadera fé, su espíritu presentia algo grande, algo terrible, y se asociaba á aquel movimiento y se preparaba á aquella nueva lucha sintiendo un terror inesplicable, y abrigando al mismo tiempo una esperanza que no la sabia definir.

»Las horas pasaron, llovia á mares, y las pobres niñas volvieron empapadas en agua, pero muy contentas porque traian mucho pan. Su abuelo las miró atentamente, y observó que los ojos de sus nietas brillaban mas que do costumbre, y tenian el semblante todo cubierto de un tinte rojizo.»

—Estais muy encarnadas hijas mias—dijo el anciano—¿habeis corrido mucho?

—No abuelito, no, hemos estado en la puerta de la iglesia, y hacia tanto frio, y tanto viento, que no se lo que nos dió, contestó la niña mayor, pero todo nos parecia que daba vueltas, y mi hermana temblaba, y yo tambien, pero la señora Francisca, aquella que tanto nos quiere, nos llevó á su casa, y nos dió pan y café, mucho café para que entráramos en calor, y desde entónces parece que tengo fuego en la cabeza; y la pobre niña se sentó en el suelo apoyando su sien en las rodillas de su abuelo; su hermanita hizo lo mismo y pronto se durmieron con un sueño agitado, el pobre enfermo las cubrió como pudo con su capa y exclamó con acento angustiado.»

»¡Señor! ¿qué me vá á suceder? ¿te la vas á llevar? y ante la proximidad de la muerte se aterraba, llegó la noche y contó todas sus horas, las niñas entre tanto dormian y á intérvalos deliraban, y por la mañana vió su abuelo que tenian el rostro lleno de manchas rojas y estaban aletargadas por una fuertísima calentura. Ya se preparaba á demandar auxilio cuando sintió pasos en la escalera, empujaron la puerta que estaba entornada, y una mujer jóven y hermosa con la hermosura de la tentacion, vestida con el lujo de una gran señora, penetró en la estancia exclamando:—¡Padre!.... ¡padre!.... y trató de arrojarse en los brazos de mi protegido, pero este se lo impidió, porque con la rapidéz del relámpago se levantó, que cuando al hombre le domina una idea mas fuerte que su enfermedad, esta queda vencida en aquel instante, pues la fuerza del espíritu es el primer motor del universo. El enfermo se levantó airado, estendió su brazo, que como barra de hierro se interpuso entre él y su hija, diciendo con amarga y terrible ironia:

—»Señora, os habeis equivocado; no tengo ninguna hija que se parezca á vos.»

—»Padre, piedad.... balbuceó aquella.»

—»Estais loca, señora... replicó él; aqui

no está vuestro padre, idos... que interrumpis el sueño de mis hijas.»

—»Por ellas vengo, padre, y dió un paso para acercarse á las niñas que yacian en el suelo aletargadas por la fiebre, pero él se puso delante diciendo con acento furibundo:

—»Huye de aquí, desgraciada; las prostitutas no tienen hijos, los árboles podridos no dan fruto; y el padre ofendido, el hombre honrado se irguió con imponente magestad, y su hija, humillada, abatida se quedó inmóvil sin poder dar un paso ni adelante ni atrás, y él, poseido de noble indignacion, siguió diciendo:—¿Qué creias, desventurada? Pensabas que tu padre, el que un dia te quiso tanto, el que te consagró su vida entera, que no vivia mas que para tí, el que le parecia que hasta el aire al tocarte podia ofenderte, al perderte, al saber que has vendido tu cuerpo, que has renegado de ese sentimiento innato en la mujer, el amor maternal, que has vivido seis años de orgia en orgia, de festin en festin, de lupanar en lupanar, ¿pensabas que al venir yo te habia de abrir los brazos? insensata.... que poco me conoces.

Merecen compasion esas pobres jóvenes que solas en el mundo, sin un sér amigo que las aconseje, caen como las mariposas en torno de la luz, pero tú.... tenias tu padre, tenias tus hijas, tenias el recuerdo de tu marido que era un hombre de bien, y tú.... tú.... no mereces compasion, vete de aqui.»

—»¡Padre!.... ¡padre!....»

—»No me des ese nombre por que me deshonras.»

—»Yo viviré como vos querais, yo no quiero vivir mas que para mis hijas, y dió un paso hácia ellas, pero él la detuvo de nuevo diciéndole con voz terrible.»

—»No te atrevas á tocarlas ¡desgraciada! ¡tú querias mantenerlas!.... y que pan puedes tu ofrecerles, el de la deshonra, y ese pan es tan amargo..... que no alimenta.

—No, no, huye de aquí, alguien me ha dicho que tu volverias, y ya le he pedido á Dios que se las lleve, y se las llevará, replicó con sombria conviccion, por que Dios es justo: ¡Señor! oye mi ruego. ¡Mis hijas! esos ángeles puros de mi alma llevatelos tú. Mi familia es maldita, que no alcance á ellas la maldicion.»

»En aquellos momentos ocurrió un suceso dentro de las leyes naturales, pero que en aquellos criticos momentos pareció algo sobrenatural. El techo del desvan se desplomó con horrible estrépito, y por algunos segundos no se oyeron mas que espantosos gritos, despues.... nada.»

»El motivo fué que aquella casa en estado ruinoso no pudieron resistir sus viejos muros y sus tejados los torrentes de agua que durante cuarenta y ocho horas estuvieron cayendo sobre ellos, hasta que al fin sus vigas carcomidas se desprendieron, y faltándoles su punto de apoyo produgeron el hundimiento que dió lugar á un gran tumulto y á una espantosa confusion. Al fin fueron extraidos todos los habitantes de los desvanes inmediatos que muchos tenian gravísimas contusiones, cuando le tocó el turno al de mi protegido este salió ileso, su hija herida, y las dos niñas estaban muertas. Costó gran trabajo quitárselas á su abuelo; su madre las miraba y se reia; la infeliz se habia vuelto loca, y en la tierra no recobrará la razon.»

»Cuando alguno le decia á mi protegido-- ¡qué desgracia! él contestaba siempre.—No le llameis desgracia á lo que ha sido un milagro: ¡hijas mias! prefiero verlas muertas á verlas seguir la torcida senda que siguió su abuela y siguió su madre: esta última felizmente, ya no le sirve de juguete al hombre ¡loado sea Dios! todo es preferible á la deshonra, todo, hasta la muerte.»

»Ha trabajado en su modesto oficio mientras ha podido, pero castigado por las enfermedades ha vivido largas temporadas implorando la caridad pero no pide mas que lo estrictamente necesario para no desfallecer de hambre; cuando se decide á pedir, ha pasado muchas horas sin alimentarse. Ha llegado á la ancianidad sin haber cometido una mala accion, recuerda siempre á sus nietas, y no es extraño que las recuerde, porque ellas no le abandonan nunca.»

»En el corazon de mi protegido no ha te-

ñido cabida la envidia, admira la virtud, y tiene horror al vicio, es amante de lo bueno, de lo bello, de lo grande y de lo justo; por esto como tu decias, no es un mendigo vulgar, no; su aspecto es digno porque la dignidad forma la base de ese modo de ser, en él nada hay rastrero, es un espíritu fuerte, decidido, busca la luz con noble afan, ha pasado desapercibido en el mundo, pero él ha hecho su trabajo, y cuando deje la tierra le esperan horas de felicidad que aun no puedes comprender. Mira mucho á los pobres, tiempo es ya que se comiencen á escribir sus biografías, que si hay historiadores para los grandes, justo es que tambien los tengan los que llamais pequeños. Adios.»

Nosotros tendremos un especial placer en convertirnos en cronistas de los pobres; que dice muy bien este espíritu: tiempo es ya que tengan sus historiadores esos séres desventurados que vienen á saldar cuentas atrasadas; á sufrir expiaciones terribles. Si; nuestro lenguaje claro y sencillo, nuestras humildes aspiraciones, todo se combina y se armoniza para que cumplamos bien nuestro cometido. Espíritus amigos, ¡inspiradnos! contadnos las historias de los mendigos, decidnos como se vive luchando con todas las contrariedades de la vida, y haremos dos cosas útiles; enseñaremos y aprenderemos. «El dolor es la escuela de la vida, porque sufriendo uno se familiariza con el infortunio y comprende los dolores de los que le rodean.»

Esto dice un escritor y es una gran verdad; queremos vivir entre dolores propios y agenos, para aprender á sufrir, á compadecer y perdonar.

¡Pobres de la tierra, vosotros sois los volúmenes históricos de la humanidad!

Amalia Domingo y Soler.

EL CONSOLADOR.

Yo soy la estrella polar que viene á guiar al espíritu que en frágil bajel cruza el océano de la vida humana, sin rumbo fijo, desorientado y combatido por las enfurecidas olas, sus desenfrenadas pasiones, expuesto siempre á ser sepultado en el abismo que los vicios abren á sus piés. No me perdais, de vista, ¡oh hombres!

Yo soy el faro luminoso que viene á señalar la entrada del puerto salvador al perdido navegante, brindándole el reposo que disfrutará despues de su entrada en la feliz ciudad. ¡Fijaos!

Yo soy el íris que anuncia al fatigado viajero de la tierra los dias de bonanza que se preparan á aquel que valeroso sepa triunfar en las batallas que le presenta la carne, precaviéndose contra sus horrorosos estragos.

Yo, cual la escala de Jacob, vengo á mostrar á los hombres la recta senda que ha de conducirlos á las moradas de paz y de verdad, y les comunico fuerzas para que sin dudas ni vacilaciones emprendan su gloriosa jornada, á cuyo término encontrarán el objeto de sus constantes aspiraciones, la felicidad que en vano buscan en este mundo de expiacion y de prueba. ¡Seguidme, seguidme!

Yo soy el Espíritu de Verdad, el consolador prometido por aquel que pereció en el Calvario, víctima del orgullo y del fanatismo de los fariseos, á quienes venia á enseñar el camino que hácia Dios conduce, dándoles sublimes ejemplos de caridad y amor á sus hermanos. ¡Escuchadme!

Los que enfermos yaceis solitarios y atormentados en el lecho del dolor, llegando á vosotros los acordes de alegre orquesta, que os recuerda y os hace sentir más vuestra soledad y vuestros sufrimientos, oyendo los precipitados pasos de los que indiferentes á vuestros infortunios pasan rozando las paredes de vuestra pobre habitacion para ir á tomar parte en la orgía, esperad, que yo os visitaré y aliviaré vuestra dolencia con la divina panacea, producto del laboratorio universal: ¡la esperanza!

Los que atormentados por el hambre sentis desfallecer vuestras fuerzas, sin que una mano caritativa venga á ofreceros un mendrugo de pan para reanimaros, venid á mi

que os ofrezco el pan de vida que he tomado de la mesa celestial.

Los que sentis sed, y teneis las fauses secas, sin ver á vuestro alrededor más que las inmundas bacanales de vuestros hermanos que sólo os miran para mostraros de léjos la copa del placer, sin apiadarse de vosotros que os conformariais, para refrescaros, con el agua que ellos arrojan, venid á mí, que traigo en mis manos el cáliz lleno de delicioso néctar, con el cual apagaréis la sed.

Los que desnudos, sin abrigo, para preservar vuestros ateridos miembros del frio y de la intemperie, pasais las noches de crudo invierno titiritando en vuestras duras camas sin que el sueño pueda haceros insensibles al rigor de la estacion, miéntras que tantos de vuestros hermanos gastan en lujosas pompas ó en frívolas diversiones el dinero que pudieran emplear en ropa y mantas para abrigaros, olvidando vuestras miserias, acercaos á mi y os prestaré el vivificante calor de la fé que os comunicará fuerzas para soportar animosamente vuestra prueba.

Los que no poseeis ni una miserable choza en donde vivir, y pasais la vida peregrinando siempre, en tanto que vuestros ojos contemplan magníficas casas y suntuosos palacios, cuyas cabellerizas os parecerán cómodos edificios para albergaros, sin que sus proseedores os dirijan una mirada de consideracion, venid á mí, que os ofrezco *las muchas moradas que hay en la casa de mi Padre*, de las cuales nadie podrá desalojaros.

Los que permaneceis cautivos en lóbrega mazmorra, sin esperanza de ser redimidos por ninguno de vuestros hermanos, sin oir una voz amiga que os brinde un consuelo, ni ver unos ojos que os miren compasivos, arrepentios de vuestros delitos, y os parecerá más soportable el cautiverio, animados con la esperanza de la eterna libertad de vuestro espíritu.

Vosotros padres, esposas, hijos que veis negar al cuerpo muerto de los séres á quienes amais la sepultura que llamais eclesiástica, no os apesadumbreis; recordad estas palabras de Jesus: «Dejad á los muertos el cuidado de enterrar á sus muertos», que bien interpretadas significa: «*No os inquieteis por el cuerpo, ántes bien cuidad al espíritu.*»

Y vosotros, los orgullosos, que os creeis superiores á vuestros hermanos, sublevándoos á la sola idea de igualdad, deponed vuestro orgullo, doblad vuestras soberbias frentes y sabed por mí, que aquel pobre sér á quien hoy despreciais, tal vez en otras existencias haya sido vuestro padre, vuestro hijo ó vuestro hermano carnal, y que vosotros mismos podeis ser en otra nueva vida corporal unos andrajosos pordioseros en castigo de vuestra soberbia.

A este propósito os recuerdo las siguientes palabras del Salvador: «Porque todo aquel que se ensalza humillado será, y el que se humilla será ensalzado». Castigo y recompensa que se verifican así en la vida material como en la espiritual.

Vosotros los avaros que quisiérais guardar en vuestras arcas todos los tesoros que el planeta encierra, porque nunca se vé saciado vuestro inmoderado deseo, volved en vosotros; despertad del letargo en que yace vuestro espíritu narcotizado por la sórdida pasion que os envilece, y leed para edificaros en el Evangelio de San Lucas, el siguiente versículo: «Mirad, y guardaos de avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.» ¡Ah! y si quereis saber los castigos que os están reservados despues que vuestro espíritu abandone la miseria envoltura que lo aprisiona, yo os diré que despues que permanezca en la erraticidad un tiempo más ó ménos largo, torturado por los remordimientos de sus faltas, volverá á tomar un nuevo cuerpo que sufrirá las angustias de las miserias que hoy veis sufrir con glacial y egoista indiferencia.

Vosotros, los que os dejais dominar por la cólera, esforzaos por dominar esa funesta inclinacion que tanto os asimila al bruto, que tan malas consecuencias puede acarrearos, y que es uno de tantos obstáculos que se oponen á la marcha de vuestro adelantamiento moral, el cual yo vengo á acelerar.

Vosotros los que codiciais los bienes así

morales como los intelectuales y materiales de los demas, no comprendiendo que vuestro castigo lo teneis en vuestra misma falta; oid: Sufrais porque no podeis poseer lo que torpemente envidiais: ¿no seria mejor que tratáreis de adquirir por medio del trabajo lo que los otros han adquirido por ese medio? Que os aliente la noble emulacion, y tratad de combatir la ruin pasion que os atormenta, y que, como todas las pasiones, es un inconveniente para la elevacion de vuestro espiritu.

Vosotros los que, dejándoos dominar por la enervadora pereza, no haceis uso de vuestras facultades para proporcionaros los medios de librar vuestras subsistencias y las de vuestras respectivas familias, constituyéndoos por consiguiente en pesada carga para la sociedad, en chupadores parásitos, yo os invito al cumplimiento de la eterna ley del trabajo impuesta por Dios á sus criaturas para el desarrollo de su observancia la honra que os falta en el estado de inaccion en que vivis y el producto de vuestros laboriosos afanes bendecido por Dios, será de provecho para vosotros, para vuestras familias y para la sociedad de que formais parte.

Vosotros los hipócritas que, cual se aculta la víbora tras la flor, acultais bajo la capa de una aparente benevolencia vuestras pérfidas intenciones para aquellos de quienes temeis que puedan rasgar el débil disfraz que llevais y presentaros á la sociedad tal cual sois, ó para aquellos cuyos méritos envidiais, concentraos y reflexionad si os convendrá más esforzaros por combatir vuestra innoble inclinacion, ó alimentarla inútilmente en detrimento de vuestro reposo, de vuestra salud, de vuestro honor; y digo inútilmente, porque la mayor parte de las veces sois impotentes para llevar á cabo la infernal trama, cuya urdidura os ha costado largas noches de desvelo, pasadas en tejer y destejer, cual otra Penélope, los hilos de la odiosa red en que calculaba envolver á nuestros pretendidos enemigos. Reflexionad que la desesperacion de que continuamente os hallais poseidos, miéntras ejercitais con febril ansiedad vuestra imaginacion en trazar el pan de vuestros maquiavélicos designios, y la amargura que sufrís al ver frustradas vuestras acariciadas esperanzas, cuando la víctima que elegis se os escapa dejando destrozada vuestra telaraña, son el castigo de vuestro delito en la tierra; y si no sabeis el que os aguarda despues de vuestra desencarnacion, yo os diré que al mundo espiritua no podeis llevar la capa que en la tierra ocultaba vuestra deformidad moral, y seran leidos por todos los que leerlos quieran, vuestros más recónditos pensamientos, alumbrados por una luz que penetrará todo vuestro sér, sin que os sea dado apagarla ni apartaros de las miradas de los curiosos. No os expongais, queridos, á tan horroroso suplicio, y aplicaos estas palabras que encontrareis en «Los Hechos de los apóstoles» Capítulo 8.° versículos 22 y 23, dirigidas por Pedro al hipócrita Simon. «*Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega á Dios, si quizás te será perdonado este pensamiento de tu corazon; porque en hiel de amargura y en prision de iniquidad veo que estás.*»

Vosotros los traidores ingratos; semejantes á las indómitas fieras que destrozan con sus garras la mano que las alimenta y acaricia, ¡ay! ¡cuán desgraciados sois!.. Llegará un dia, no lo dudeis, en que vuestro espíritu sufrirá los remordimientos de vuestras faltas, y tan crueles como los que condujeron á la horca á Judas despues de su abominable traicion; y acosados por ellos, pedireis una nueva existencia corporal, durante la cual hallareis ingratos que laceren vuestro corazon, portándose con vosotros como vosotros os habeis portado con otros, y esta será vuestra expiacion.

Esto digo á los orgullosos, á los avaros, á los iracundos, á los envidiosos, á los perezosos, á los hipócritas y á los ingratos.

Y á todos los que yacen bajo el imperio tiránico de las pasiones carnales, á todos os llamo para haceros más patentes vuestros extravios, señalaros sus desastrosas consecuencias, recomendaros el arrepentimiento y para mostraros el camino de la reparacion que os conducirá á vuestra rehabilitacion, sin cuyos requisitos no podreis lograr que se

os abran las puertas de la celestial Jerusalen.

Y á vosotros los desheredados de la fortuna, á vosotros los que gemís bajo el peso abrumador de vuestras pruebas y de las iniquidades de vuestros desapiadados hermanos, os repito con Jesus. «*Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados*», y añado: vengo á traeros el consuelo: venid á mi.

A todos, absolutamente á todos os convido para guiaros por la recta senda hácia las esferas de luz, en donde contemplaréis absortos las divinas bellezas; y á la vista de tantas maravillas, de tanta felicidad, ávidos de más luz, de más maravillas, de más felicidad, os dedicaréis á buscarlas en el estudio de la naturaleza, y unidos todos por el fuerte vínculo del amor y de la caridad, obedeciendo á la ley de reprocidad y solidaridad que rige en todas las obras del Sumo Arquitecto, os elevaréis de etapa en etapa hácia las dichosas moradas de que os habló, diez y nueve siglos há, el enviado de Dios, el divino Maestro, que tambien nos ofreció enviarnos otro consolador diciendo segun San Juan, Capitulo 14 número 16: «*Y yo rogaré al Padre, el cual os dará otro consolador que esté con vosotros para siempre.*»

Y ese Consolador que se revela por conducto de los mediums de nuestra época, en cumplimiento de estas palabras consignadas en el libro de Los Hechos capitulo 2 versiculos 17 y 18: «Y acontecerá en los postreros dias, dice el Señor; que yo derramaré de mi espiritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños.»

«Y ciertamente en aquellos dias derramaré de mi espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y profetizarán.»

Y ese consolador, repito, que os convida al divino banquete ¿sabeis quién es? .....Es el Espiritismo.

Cayey 27 Agosto de 1881.

(De *El Peregrino*).

LA INQUISICION EN ESPAÑA

La inquisicion ha dado á España un carácter particular que la distingue de entre todas las naciones modernas. En cualquier otra parte, las guerras religiosas, las persecuciones no han sido más que pasajeros accidentes que no han ejercido ninguna influencia en el carácter nacional. En España, por el contrario; la inquisicion tomó origen con la unidad de la monarquia; se hizo auxiliar del poder; y durante doce reinados consecutivos, elevándose hasta por encima del trono, amenazó á los reyes, fiscalizó los ministros, rechazó las luces de toda ilustrada conviccion, para no admitir mas que una fé inepta y obtusa; y durante tres siglos ha impreso á la nacion un sello indeleble de hipocresía santurrona y de mogigateria monacal, de que apenas al presente si ha podido despojarse. Al tocar la historia de la Peninsula, no se puede por ménos de consagrar á la inquisicion una mencion especial.

Establecida primeramente en el Languedoe, en 1208, para perseguir á los Albigenses que habian sobrevivido á las matanzas del conde de Monfort, la inquisicion se difundió rápidamente por todos los Estados de la cristiandad, tomando el carácter de una institucion permanente. En 1233, Castilla, Aragon, Navarra y Portugal adoptaron la nueva ley, que no tardó en señalarse con sangrientas ejecuciones. Pero inquietado por los obispos, cuya jurisdiccion amenazaba anular, y por la magistratura, cuyos excesos contenia, el santo tribunal no ocupaba á la sazon sino un rango secundario en la Peninsula. La ambicion hipócrita de Fernando y la crédula piedad de Isabel fueron la ocasion de que se apoderara del primer puesto en el Estado.

La preponderancia siempre creciente de los judios, las frecuentes relaciones de los moros vencidos con los cristianos, y las considerables riquezas que poseian estas dos razas, impresionaron vivamente á los prelados españoles. Fingieron temer que el contacto inmediato de los judios y moros con los cris-

tianos podria romper la unidad de la fé, y para remediarlo resolvieron imponer la inquisicion á los Reyes Católicos, no esperando para ello mas que una ocasion favorable.

Las Cortes de Toledo en 1480 juzgaron conveniente reglamentar la situacion politica de los judios y de los moriscos, que en gran número se habian convertido por fuerza al cristianismo. El nuncio del papa y los frailes dominicos apoyáronse en las resoluciones de aquella asamblea para obtener de Fernando é Isabel el nombramiento de dos inquisidores encargados de conocer en todos los hechos imputados á los nuevos católicos, asi como de las relaciones que por inadvertencia ó de otra suerte pudieran sostener con los cristianos viejos. Bien pronto comprendió Fernando el provecho que podria sacar hallando culpables á unos hombres que tenian en sus manos todo el comercio y todo el oro de la Peninsula, por lo que se apresuró á dar su consentimiento á una institucion que servia á la vez sus creencias y sus intereses. Faltaba sólo hacer que consintiese Isabel. A pesar de la repugnancia de aquella piadosa princesa en verter sangre, su piedad respondia del consentimiento, y al cabo de algunas vacilaciones se acabó por arrancárselo. A los ojos de Fernando, la inquisicion fué, pues, una institucion politica á la vez que fiscal, mientras que Isabel no la aceptó sino como un auxiliar útil de la religion, y sólo con la serenidad de un alma pura, y en nombre de un Dios de paz y de caridad, se decidió á aceptar aquella institucion, que debia hacer perecer en los suplicios á tantos millares de inocentes.

Asi quedó instituido el santo oficio, tribunal que estaba por encima de la humanidad, de la justicia y de la religion misma; que hollando con sus piés toda ley divina y humana, no procedia mas que con el tormento ni corregia sino con la muerte. Mas poderosa que la mas excesiva tirania, la inquisicion se propuso perseguir al hombre hasta en el asilo inviolable del pensamiento. So pretesto de confirmar la fé y sostener la unidad de la Iglesia, los inquisidores elevaron su autoridad por encima de la de las Escrituras, trasformando el Evangelio en un código de tormento y de muerte y desnaturalizando, para mancharlo y ensangrentarlo, el carácter suave y pacifico del cristianismo, Lo que sobre todo ha hecho odiosa la inquisicion, es el haber cubierto con el manto de la religion el maquiavelismo de la política; el haber embrutecido y pervertido al pueblo; el haber rodeado la barbarie de sus ejecuciones con el respeto y la veneracion de las cosas santas; el haber hecho la religion terrible y abominable á los ojos de muchos, haciéndola llevar la responsabilidad de sus furores.

Dejando aparte la moralidad del santo oficio, una vez admitido en principio, bien pronto se crearon tribunales de inquisicion en las principales ciudades, poniendo su direccion en manos de un inquisidor general. El primer magistrado á quien incumbió este cargo terrible (1483) fué fray Tomás de TORQUEMADA, confesor de la reina Isabel y prior del convento de dominicos de Sevilla, hombre de costumbres austeras, pero fanático y cruel, quién desplegó en sus funciones un excesivo rigor. Torquemada multiplicó las confiscaciones, estableció un vasto sistema de espionaje, tomó una parte esencial en la organizacion de los tribunales inquisitoriales, asi como en la redaccion del Código de los inquisidores, y persiguió rigorosamente todo lo que podia oponerse á la unidad absoluta de la fé. El fué quien primeramente hizo expulsar á los judios y á los moros, quien persiguió de mil maneras á los que se habian convertido al cristianismo, y no temió entregar al santo oficio á dos obispos ortodoxos, sin más motivo que el de haber habido judios en sus familias. El papa quiso tomar bajo su proteccion á los dos infortunados prelados; pero Torquemada, mas poderoso que el papa, consiguió obtener un juicio que reconocia á los dos obispos culpables de heregia, condenándolos á degradacion, confiscacion de sus bienes, y detencion perpétua. Cuando Torquemada careció de victimas humanas que arrojar á las hogueras, mandaba arrojar libros; de este modo hizo condenar al fuego toda la biblioteca de don

Enrique de Aragon, principe de sangre real, juicio que fué ejecutado.

La espantosa hecatombe que, durante los diez y ocho años que ejerció sus funciones. ofreció Torquemada al fanatismo, ha llevado á varios historiadores á exagerar el número de las víctimas que envió á las hogueras ó sumergió en los calabozos. Adoptaremos los cálculos mas moderados.

«Desde 1481 á 1498, dice Llorente, el imparcial historiador de la inquisicion, Torquemada hizo quemar vivos 10,220 individuos y 6.840 en efigie; condenó 97.371 á prision perpétua, azotes, galeras ó degradacion.»

Pero, en nuestro concepto, lo que debe hacer á Torquemada mas odioso de lo que lo hacen las horribles ejecuciones cuya responsabilidad ha asumido, es el haber sido el autor principal del Código de los inquisidores, libro execrable en el que se reglamentaban las formas de los procesos del sangriento Tribunal, detallando todas las sutilezas que se pueden emplear para hacer sucumbir al acusado, enumerando todos los equivocos con cuyo medio es fácil sustituir la mentira á la verdad, y descendiendo hasta aquilatar las ventajas de los diversos géneros de tormento; hasta contar una por una las pulsaciones de cada víctima segun la clase de tormento que se le aplicaba; prescripciones y enumeraciones tan horribles como inútiles, pues el procedimiento de la inquisicion ha sido siempre el no seguir ninguna regla y obrar segun el capricho ó la rabia del atormentador.

Cuando un hereje, un blasfemo, un acusado cualquiera era denunciado al santo oficio, apoderábase enseguida de su persona, confiscábasele sus bienes, y despues de haberle hecho languidecer en un calabozo durante muchos meses, se le interrogaba hipócritamente, poniendo ante él la lista espantosa de crimenes verdaderos ó supuestos que se le imputaban, para sacar del menor de sus gritos, de la más pequeña de sus palabras, una induccion favorable á la culpabilidad, además no se le comunicaba ninguna pieza del proceso; el denunciador y los testigos le quedaban para siempre desconocidos; ningun pariente, ningun amigo, ningun abogado podia tomar su defensa; y si en medio de esta tortura moral, ya solo, ya rodeado de espias y sin cesar asediado por un juez de instruccion falso y prevaricador, conseguia el acusado no dejar escapar nada que le fuese desfavorable, entónces se empleaba el tormento para arrancarle una confesion. La victima, unas veces tendida de espaldas, recibia en la boca una cantidad incesante de agua, para que á la menor aspiracion absorbiese el liquido hasta sofocarle; otras, se la levantaba por los brazos con ayuda de una cabria, se la dejaba caer sin llegar al suelo, pero de modo que el contragolpe le dislocara los brazos; á veces se le pedian al fuego ó al hierro hecho ascua los medios de triunfar de la obstinacion ó de la inocencia del acusado; ó bien se le obligaba á caminar á pié descalzo sobre puntas aceradas, ó se le atenaceaba, ó se le arañaba con garfios de hierro; todo á gusto y segun la imaginacion ó inventiva del juez instructor. Si por sustraerse á estos horrorosos tormentos, el paciente se reconocia culpable de uno ó varios crimenes, se le declaraba libre, expresion hipócrita con la cual se significaba que no era ya mas que un culpable destinado á pasar ante una comision de miserables laicos, vendidos al santo oficio, cuya mision era enviar el libre al patibulo.

A veces la inquisicion admitia sus victimas á la *reconciliacion*, ó les imponia penas más ó ménos duras, más ó menos prolongadas; pero en todo caso la confiscacion era segura. «Se podia, como caso extraordinario, salir absuelto del santo tribunal, dice de Tohu; pero siempre se salia arruinado.» El *reconciliado*, despues de haber comparecido á un *auto de fé*, ejecucion solemne de condenados al fuego, estaba obligado: á observar un rigoroso ayuno; á llevar siempre un traje distintivo, á presentarse con más ó ménos frecuencia en la puerta de la iglesia parroquial, donde debia ser azotado, permaneciendo en el pórtico durante la celebracion de los oficios, pues aunque reconciliado, no podia sino despues de varios años de prueba entrar en el templo. En todas las jurisdic-

ciones, ya civiles, ya criminales, la muerte tiene el privilegio de extinguir la accion. La inquisicion perseguia á sus victimas mas allá de la tumba; sometialas á un largo proceso, confiscaba los bienes del difunto, y si los legitimos herederos habian entrado ya en posesion, se los despojaba despiadadamente; y el dia en que se celebraba un auto de fé, detrás de los condenados al fuego, conducianse unas cajas amarillas, con demonios, llamas, horquillas, etc., pintadas de rojo; y dentro de aquellas cajas iban los huesos de los condenados póstumos para ser arrojados á las llamas.

(*Se concluirá*).

(*El Buen Sentido*)

LA MUERTE ANTE LA RAZON.

I.

La muerte es el fin de toda vida parcial, de toda existencia limitada. Nacer, crecer y morir son las evoluciones fatales de todo organismo. La muerte, pues, es una ley como el nacimiento; siendo ley, forma parte del conjunto de las que rigen el Universo físico como el Universo moral, demostrando la sola existencia de estas leyes un plan y el plan la Inteligencia que lo ha ordenado y preparado, hallándose la muerte incluida en la categoria de las leyes que forman el plan providencial, ley providencial es; y por tanto, buena.

Poderosas razones de analogia, inducciones que arrancan de la naturaleza misma de las cosas, son los fundamentos que damos á nuestra capital asercion.

No consideramos á la muerte como la antitesis de la vida; vemos en ella una funcion natural, que solo puede oponerse á otra funcion, un acto á otro acto; por manera que para nosotros la muerte, léjos de ser la antitesis de la vida, es la antitesis del nacimiento.

Si para representar mejor nuestra idea quisiéramos emplear una imágen, reproduciriamos aquella tan exacta y tan propia de Luis Jourdan: «La muerte es una amiga austera que en un momento dado nos toma en sus brazos, nos adormece en su seno, y por medio de un sueño momentáneo reanima nuestras fuerzas.»

Ñacer no es comenzar, (ha dicho Reynaud), es mudar de forma. Del mismo modo, la muerte implica á lo mas un cambio de forma, pero de ningun modo el anonadamiento.

El nacimiento y la muerte son dos funciones por medio de las cuales la naturaleza facilita el progreso de los séres.

Hé ahí el concepto que tenemos formado de la muerte, la imágen que nos la representa; hé ahi nuestras creencias; hé ahi el resultado á que nos han conducido nuestras reflexiones.

Pero ¿cuáles son las pruebas que podemos aducir en favor de nuestras ideas? Abandonando las pruebas de hecho, este sinnúmero de manifestaciones que tenemos diariamente ocasion de presenciar; amparándonos únicamente en el raciocinio, haciendo tan solo uso de la reflexion, poderosas razones de analogia podemos aducir, que vengan á demostrar la verdad de nuestras ideas. Expongamos estas razones.

II.

La ignorancia, madre de todas las preocupaciones, ha rodeado á la muerte de uu aparato fantástico que está en oposicion con la naturaleza inmortal del alma. Aquellas ideas que la acompañan, aquellas manifestaciones que con su presencia provoca, aquel simulacro de ritos y ceremonias con que se la rodea, atemorizan al individuo, difunden la consternacion y llenan de espanto al más valeroso. Y sin embargo, nada de esto es natural. Todo está en oposicion con la naturaleza del alma, que es inmortal. Lloramos al individuo que la muerte arranca de nuestros brazos, como si eternamente tuviese que estar separado de nosotros; se hace el vacio en nuestro corazon, tan pronto la muerte arrebata los objetivos de nuestros afectos. Vemos en la muerte, pues asi lo expresamos con nuestras manifestaciones, la fuerza que destruye, nó la fuerza que regenera, y sin embargo, el primer concepto es completamente contrario á lo que nos revela una observacion profunda de la Naturaleza. Fijémonos por un momento en ella.

Trasmitimos la vida por medio de la generacion, pero á voluntad; si no queremos no la trasmitimos. De modo que depende de la arbitrariedad del capricho, ó de la conveniencia del hombre, el trasmitir ó no la vida. ¡Qué base tan falsa, para una cosa que se considera *tan esencial!* Si *tan esencial* fuera la vida, ¿estaria en nuestro poder, dependeria de nuestra voluntad su trasmision? Y del mismo modo que está en nuestro poder el trasmitir ó no la vida, lo está tambien el provocar la muerte. Si esta significara anonadamiento, si fuera por si negacion absoluta, si ocultara la nada entre sus tinieblas, ¿estaria en nuestro poder el dar la muerte? La Naturaleza, que tan previsora se muestra en todas sus producciones, ¿se hubiera descuidado en un punto tan esencial?

La muerte no oculta la nada entre sus tinieblas; la inmortalidad sube del sepulcro con el alma, que abandona sus mortales despojos: el llanto, la desolacion, las manifestaciones de profundo sentimiento permanecen como preocupaciones, es decir, como testimonios de la

ignorancia, ante la tumba; más allá de ella, los cánticos de alegría, las manifestaciones de profunda gratitud, son los testimonios de que se vale el alma alborozada; sí, alborozada, porque se ha reconocido en su verdadera naturaleza, descubriendo su inmortalidad.

Está en nuestro poder el dar la muerte; depende de nuestra voluntad, el trasmitir ó no la vida: la vida, pues, tiene un carácter meramente accidental. Si la vida, pues, tiene este carácter, ¿dónde está para ei individuo lo esencial? ¿Si el estado de vida no es el estado esencial, pues que su trasmision nos ha sido abandonada por la naturaleza como un mero accidente que en nada puede afectar al admirable plan que trazan sus leyes, ¿cuál es el estado esencial para el individuo? ¿Dónde se esconde? ¿Qué nos lo oculta? ¿Con la nada qué se resuelve? ¿Puede constituir el aniquilamiento un estado para la personalidad? Nó. ¿En la nada puede encontrar el individuo aplicacion para sus múltiples y variadas fuerzas? Nó. La nada, pues, no constituye un estado para el individuo. Si el aniquilamiento que disuelve la personalidad, no constituye un estado para el individuo, ¿donde hallar este estado esencial en el cual pueda la personalidad desenvolverse en todas las direcciones y encontrar aplicacion todas sus facultades? Si el resultado de la muerte no es la nada, ¿cuál puede ser, pues? No puede ser otro para el alma, que la entrada en ese estado que andamos buscando. Más esencial, muchísimo más que la vida misma, pues esta reviste un carácter accidental; ni podemos trasmitirlo, ni nos cabe destruirlo; conservándole no por nuestra voluntad, sinó por virtud de leyes superiores á nuestro capricho; levántase del fondo del caos (que tal es el sepulcro) rodeado con el prestigio del misterio, resplandeciente como un ideal, vago como un presentimiento. Este y únicamente este puede ser el estado esencial del individuo; este el único que presenta los caractéres de estabilidad y permanencia negados á lo puramente formal, y reservados á lo esencial como testimonios eternos de su gerarquia en el órden admirable de la naturaleza.

Pues bien: el estado que termina con la muerte es accidental: solo el que con ella comienza puede ser esencial. La muerte oculta, pues, la inmortalidad.

Formulado el argumento de induccion que arranca del carácter accidental de la vida, pasemos á exponer el argumento por analogia, pues al fin, la induccion, la analogia, son los instrumentos, entre otros, de que nuestra razon se vale para producir, fortalecer y arraigar en el alma la indestructible conviccion.

III.

La prueba por analogia tan solo puede deducirse de una juiciosa y prudente comparacion, entre los distintos efectos que la muerte produce, en los diversos órdenes de séres.

Como no nos permite el carácter de estos artículos (en los cuales tan solo nos concretamos á fijar puntos de vista generales) descender á pormenores, no entraremos en el exámen detallado que esta prueba requiere. Tan solo iniciaremos la comparacion con el único fin de que pueda surgir el hecho analógico que andamos buscando.

Formulemos la cuestion en términos generales.

¿Qué mision cumple la muerte en la naturaleza? ¿Cuál es el fin que realiza en el órden de la creacion?

La muerte, tal como se ofrece á nuestra observacion no es mas que la garantía de la vida; por ella la especie se conserva, mediante ella las fuerzas conservadoras ejercen su ministerio reparador; á su sombra se propaga la vida para florecer en perpétuas renovaciones mostrando en todas el brillo de su eterna juventud.

Que la muerte es la garantía de la vida ¿quién lo duda? ¿Acaso sin la muerte hubieran podido sostener las fuerzas productivas del planeta todo el enjambre de generaciones que se han sucedido desde sus misteriosos origenes? ¿Por ventura sin ella no se hubieran agotado estos manantiales desde donde salta la vida al *réservoir* de la materia empapando á cada átomo con sus eflúvios y sus emanaciones? Sin la muerte, la vida llegaria á agotarse en el planeta, marcharia sobre él la especie, cual procesion de tristes fantasmas, y la existencia indefinida, eterna, arrancaria á los hombres el bostezo del fastidio, el gemido de la condenacion.

La muerte es una necesidad de vida. Nadie mas que ella restablece el equilibrio (alterado por el nacimiento) entre las fuerzas productivas del planeta y los organismos que surjen del contacto de la vida con la materia.

La eflorescencia de la vida pudiera perjudicar á la vida misma; la muerte contiénela dentro los cauces que trazan las fuerzas productivas del planeta, es el dique opuesto á su ímpetu, la ley que le señala su camino, la barrera que detiene sus desbordadas aguas.

¿Cómo pues decir que la muerte es ley de destruccion cuando se nos presenta con todas las funciones y caractéres de los elementos conservadores?

La muerte es una *ley previsora*, porque prevée los efectos que podria causar un exceso de vida á la vida misma y previéndolos los evita, en beneficio siempre de la porcion que puede sostener el planeta dado su estado productivo de relativo atraso.

La prevision de la muerte tiene un fin y este fin es la conservacion de la vida. La muerte, pues, es una *ley previsora* y una *ley de conservacion*; (es un compás de espera).

Es ley previsora y ley de conservacion para aquella porcion de vida que su accion respeta, pero ¿lo es asi mismo para aquella porcion que sacrifica? Hé ahi otro aspecto de la muerte que en las apariencias se nos muestra como aquellas divinidades de las religiones orientales, con un solo tronco y varias caras, dominando en unas

la espresion del amor que todo lo salva, y en otras el furor y la cólera que todo lo destruye.

En efecto, la muerte aparentemente se nos presenta de dos maneras, en dos estados distintos: cobija por una parte á la vida, como la madre al niño, pero por otra, destruye, siembra desolacion, ocasiona llanto, amontona ruinas, ¿Será aqui su accion benéfica como allí? ¿Los dos actos serán igualmente admirables? ¿Responden ambos á la idea de órden y justicia que domina en todo el universo? Esa segunda accion es necesaria para la primera. ¿Pero si para salvar cien individuos es necesario sacrificar otros cien, no podrán considerar estos la muerte como injusta y arbitraria, al paso que los primeros loarla como benéfica y divina? Empero, sobre todos los juicios, dominando á todas las apreciaciones humanas y por tanto falibles, está el hecho con sus caractéres distintivos, con sus funciones, con sus leyes. A él debemos atenernos, pues; que para juzgar con acierto de una cosa, es necesario conocerla en todas sus partes.

Si la muerte nos condujera al aniquilamiento nada habria tan horrible como la muerte; pero si la muerte nos conduce á la inmortalidad nada para nosotros existe tan manifiestamente providencial.

La muerte hemos dicho conserva la vida sacrificando á la vida. ¿Pero este sacrificio cómo se efectúa? Muere el individuo, pero subsiste la especie, muere el organismo pero subsiste la materia. La accion de la muerte, solo alcanza á la forma, es impotente para anonadar la esencia. Subsiste la esencia material antes de la muerte como despues de ella; permanece vinculada la vida en las generaciones, mientras los individuos uno tras otro van hundiéndose en el sepulcro; hé ahi pues la inmortalidad de la esencia material, la inmortalidad de la vida en la especie y en las generaciones.

En presencia de estos dos hechos innegables que los materialistas mismos y los mismos positivistas, materialistas vergonzantes, no podrán repudiar; ¿no nos asiste el derecho inspirado por el mas imparcial exámen de proclamar que la muerte considerada en su accion solo á la forma sacrifica, nunca á la materia, solo destruye el accidente dejando subsistente la esencia? ¿A qué se limita pues todo el poder de la muerte? Se limita á cambiar el modo de ser externo ó aparente de la materia que no puede destruir y de la que la vida vuelve á apoderarse.

De modo que mientras por una parte encauza á la vida dejando solo subsistir aquel número de organismos que las fuerzas productivas del planeta pueden sostener, por otra léjos de anonadar la especie y la materia, es decir, la esencia, se limita á destruir la forma, respetando sus elementos constitutivos. Estos son los fines visibles que la muerte persigue; por esto decimos que es ley previsora, ley de conservacion; por esto la denominamos ley providencial.

Y si estos son los fines visibles que la muerte persigue en su accion, si su poder se detiene ante los muros infranqueables de la especie y de la materia, si conserva y reproduce la vida, multiplica las existencias y perfecciona al indivíduo ¿qué es lo que nos autoriza para afirmar que la muerte destruye la personalidad? Si respeta la esencia y solo aniquila las formas, ¿podemos decir ni aun con el menor viso de verosimilitud, que destruye con la forma la esencia del individuo? ¿El fin invisible de la muerte, estará en oposicion con sus fines visibles?

Consideremos por un momento á la creacion. ¿Qué columbramos en ella? Un plan Inteligente y Previsor; leyes á que obedecen todos los fenómenos; ¿y la ley y la Inteligencia y la Prevision no son pruebas patentes para nuestro sentido intelectual de la existencia de un Poder Superior, Inteligente y Benéfico? ¿Las evidencias de la razon para un sér racional son de menos valor que las evidencias de los sentidos? ¿Y dentro este Plan general, espresion de la Potencia Superior, solo la materia será inmortal, solo las generaciones se perpetuarán? ¿Y el individuo y su sér y su esencia? ¿Es el anonadamiento lo que le aguarda? Dónde estaria aqui la prevision? ¿dónde el órden? ¿dónde la inteligencia?

Si el individuo perece, si su personalidad se extingue, si se anodada su esencia, existe el rey, existirá el reinado, pero no existen súbditos. La Inteligencia Superior reinaria tan solo sobre la materia bruta, mientras la materia individualizada, los séres espiritualizados y pensantes desfilarian ante él, hundiéndose unos tras otros en los abismos de la nada. No, no puede ser; la induccion nos ha mostrado la inmortalidad como estado esencial opuesto al estado accidental de la vida; entre las atribuciones de la muerte, hemos descubierto unos que tendian á conservar la vida; otras que si bien la sacrificaban solo lo hacian en apariencia, deteniéndose en los umbrales de la especie y de la materia. La esencia se libra e la muerte; nuestra inmortalidad es pues un hecho, es un hecho que abona la induccion, es un hecho que confirma la analogía.

Positivistas y materialistas; si no veis resplandecer la inmortalidad tras la muerte, es porque sois ciegos: hombres de barro no habeis despertado ó se ha adormecido ya en vosotros el sentido de lo infinito: si por un momento eleváraís vuestro raciocinio, llegariais á comprender la creacion; vislumbrariais como nosotros vislumbramos, un Plan Inteligente y Previsor; Dios se os mostraria al través de este plan, y de vuestro corazon regenerado con esta idea y de vuestra inteligencia redimida por su virtud se levantaria como hostia consagrada el testimonio de vuestra gratitud, la manifestacion de vuestro amor.

IV.

Hemos dicho anteriormente que la accion de la muerte solo alcanza á las formas, nunca á la esencia. El elemento esencial que la muerte

respeta es aquel que expresando la naturaleza de una cosa, permanece siempre constituyendo el fondo y unidad de cada existencia.

¿Existe este elemento en el individuo? Probado que existe este elemento, queda demostrada la inmortalidad.

Nuestra tarea se reduce ahora á partir de los hechos, que nos han ofrecido las pruebas; siendo un hecho que el poder de la muerte se limita á cambiar el modo de ser externo de la materia, sin destruir, sin aniquilar la esencia, probando que existe en el individuo este elemento esencial, llegamos á descubrir que hay algo en él que se escapa de la muerte; determinando las funciones y los atributos de este algo, precisamos su naturaleza.

«En todas las cosas, ha dicho un filósofo ilustre, lo más profundo y lo más elevado es lo más oculto; está, por decirlo así, retirado de la superficie para exponerse ménos á la profanacion.» En efecto, todo tiende á comprobar esta profunda observacion. La esencia de las cosas en su más invariable elemento se oculta á nuestros sentidos, solo sus efectos percibimos, por ellos, solo por ellos alcanzamos sus atributos.

¿Tiene, pues, algo de anómalo que el alma, elemento esencial del individuo, con ser lo más profundo sea lo más oculto, y por tal motivo, que pase ignorada de nuestros sentidos, aunque nó de nuestra conciencia? Si en la naturaleza lo más ténue es lo más poderoso, como asi tienden á demostrarlo los maravillosos descubrimientos de las ciencias físico-químicas, siendo lo más ténue aquello que para nuestros sentidos será el de mayor potencia. Los flúidos imponderables producen efectos en proporcion con su tenuidad: cuanto más ténues, más poderosos. No son pues las apariencias sensibles las que revelan el poder de un elemento, sea cual fuere este.

¿Cómo podremos juzgar del poder del alma, sustancia tan ténue que ninguno de nuestros sentidos se halla en aptitud de descubrir? Solo por sus efectos podemos apreciar su poder.

Los sentidos no descubren el alma, no nos dan razon de ella; pero ¿nos autoriza este simple dato puramente negativo á deducir la no existencia del alma? La causa ha de existir, puesto que los efectos son patentes; la causa ha de ser poderosa, puesto que produce maravillas; la causa ha de ser excesivamente ténue, puesto que todo el aparato de nuestros sentidos no basta para descubrirla, por más que se esfuerze. Si los sentidos no nos dan testimonio de ella, débese esto á la tenuidad del elemento esencial, pero de ningun modo dedúzcase arbitrariamente de aquí la negacion de su existencia. De las cosas, solo percibimos por los sentidos las apariencias, las formas, su modo de ser externo; pero de ninguna manera su esencia, su modo de ser interno; lo más profundo y lo más elevado escápase á nuestros sentidos, solo se descubre á nuestra razon; á nuestra razon, sí, que por ser el órgano ó la facultad mediante la cual la divinidad se manifiesta á nosotros, reviste cierto divino aspecto que la libra de la profanacion. Por la razon, y solo por ella, conseguimos la conquista de verdades inmutables, patrimonio de nuestra esencia; surgen de su actividad aquellas ideas de causa, de principio, de ley, elementos constitutivos de la Filosofía. Si los sentidos no nos dan testimonio de aquellas ideas, la razon, que es la que produce estas ideas, ha de ser diferente de los sentidos, no solo por sus funciones, sino por su misma constitucion y modo de ser; siendo diferente aparece ya la dualidad entre esencia y forma, y por tanto entre espíritu y materia. Esta dualidad nos revela la coexistencia en el individuo de los dos elementos, el aparente y el real, el que está expuesto á continuos cambios y el que dá fijeza y unidad á la existencia.

La razon nos conduce á afirmar nuestra esencia, porque siendo ella esencia, ni las ideas son sensaciones, ni el aparato de los sentidos puede asemejarse á las funciones de la razon, ni el carácter de los conocimientos que por los sentidos adquirimos, puede ser el mismo que el de los que adquirimos por nuestra facultad racional.

La razon, pues, nos descubre el elemento esencial que coexiste en nosotros con el elemento formal.

Que nuestros sentidos no nos dan testimonio de las ideas de causa, de principio y de ley, púsolo fuera de duda ya el escéptico Hume, el cual pregunta en tono placentero: «bajo qué sentido cae la sustancia?» De manera que ni la idea de causa, ni la de sustancia, lo propio que la de unidad, caen bajo nuestros sentidos. Ellas, sin embargo, existen en nosotros, y existen, no como á quimeras, conforme el esceptisismo pretende, sino como á realidades, sin las cuales no podemos conocer ni el mundo exterior, ni el mundo interior, ni los fenómenos, ni las leyes, ni el hombre, ni la humanidad.

Siendo, pues, estas ideas realidades, y no pudiéndose asimilar á las sensaciones, claro es que la facultad que las produce ha de ser distinta esencialmente de los sentidos. Si los efectos nos dan conocimiento de las causas, las ideas han de tener por causa la esencia, porque la forma, en lo que de ella conocemos, nunca pudo producir tales frutos. Hé ahí, pues, que otra vez se nos aparece la dualidad de elementos, la coexistencia de la forma con la esencia; hé ahí, pues, que surge otra vez el elemento esencial como demostracion de nuestra íntima nutaraleza.

Además: en medio del torrente que nos arrastra entre los perpétuos cambios de que somos objeto, es decir, de que es objeto nuestro organismo, ¿no hay algo que permanece? ¿no hay algo que resiste á esa continua renovacion? ¿Qué es, pues, este algo? Los átomos se cambian por otros átomos, desde el hueso hasta el tejido, el cuerpo humano entero está expuesto á un cambio perpétuo; por distintas vias la materia se precipita en nuestro organismo, sale de él por varios conductos, la asimilacion y la secrecion mantienen al cuerpo en una oscilacion perpétua.

Y sin embargo, nuestras voliciones, nuestras ideas, nuestros deseos, nuestros sentimientos, permanecen como testimonios del algo que subsiste en nosotros; no cambian al compás de las variaciones que el organismo sufre, sino que subsisten como el elemento que les dá vida. Nuestras ideas, pues, nuestros sentimientos, nuestras voliciones y nuestros deseos, ¿pueden asemejarse á los átomos de fósforo que resplandecen en nuestro cerebro, ó al de hierro que condenado á perpétuo movimiento circula por nuestra sangre? ¿Nos abandonan hoy las creencias que ayer adquirimos? ¿Perdemos las ideas, cambian nuestros sentimientos, como se pierden y cambian los átomosque constituyen nuestro cuerpo? La conviccion, que es la constancía en un determinado órden de ideas, ¿no resiste todos los cambios habidos y por haber? ¿Acaso, á despecho de las renovaciones que nuestro organismo experimenta, no perseveramos en nuestras voliciones?

¿Qué es, pues, lo que dá vida á las ideas, á las voliciones, á los sentimientos y á los deseos? ¿Lo variable puede engendrar lo permanente? Hé ahi, pues, que la dualidad de elementos vuelve á aparecer: el organismo es el formal; la razon, la voluntad y el sentimiento constituyen el esencial. La diversidad de efectos bien revela la distinta naturaleza de las causas. Por esto, si el efecto es imponderable y, digámoslo de una vez, *espiritual*, la causa ¿no debe ser *espiritual* tambien?

¿Ha podido nadie alambicar un deseo, analizar químicamente una volicion, descomponer una idea? Sin duda que no. ¿Pues qué analogía tienen los átomos con las ideas, ni las facultades con los órganos? ¿Existe ó no existe esencia? ¿Existe ó no existe alma?

El analisis de las funciones del organismo, de sus modos de accion, y el análisis de los atributos del alma y de sus facultades, siempre nos conduce á un mismo resultado, al descubrimiento de la dualidad de elementos, á la coexistencia de la forma y de la esencia. Sea cual fuere el camino que escojamos, siempre llegaremos á un mismo fin, si las preocupaciones no nos ciegan ó las sensaciones no nos absorben por completo.

Bien fijándonos en el individuo que se agita y vive, bien en el que agoniza y muere, en el organismo ó en el pensamiento, en las fuerzas físicas ó en las fuerzas morales, siempre debemos confesar despues de madura reflexion, que este «yo», que resiste durante la vida á todos los cambios, continua indestructible despues de la muerte, que al fin esta no es mas que un nuevo cambio, una nueva transformacion, más radical si se quiere que las anteriores, pero que nó por ser más profunda debe llevar consigo la destruccion de la humana personalidad.

Las diversas pruebas que en esta última parte hemos expuesto, tienden á demostrar la coexistencia en el individuo de dos elementos, el formal y el esencial.

Constituido el formal por átomos combinados en virtud de diversos procedimientos, hácese accesible á nuestros sentidos; escápase el esencial á ellos por virtud de su tenuidad, ó mejor, de su naturaleza.

El elemento formal (organismo) es como una propiedad confiada á nuestros cuidados; debemos velar por su conservacion, proteger su desarrollo, de ningun modo limitar el plazo fijado para su existencia ó acortar nuestra posesion con desmanes y abusos que, en último resultado, deben siempre redundar en perjuicio nuestro.

¿Y quién puede velar mejor por el cuerpo que este centinela siempre alerta, activo en su vigilancia, incansable, eterno obrero que ahorra conocimientos, para invertirlos despues en acrecentar su felicidad?

Este centine a y obrero á la vez es el propietario: está interesado como á tal en conservar la propiedad, haciéndola servir para aquellos fines que su razon le inspire, que su conciencia le dicte, y este propietario, á la vez centinela y obrero, no es más que el «yo» indestructible, el elemento permanente de nuestra individualidad, el que por su esencia resiste á todos los cambios y el que por su constitucion, por su orígen y por sus atributos está destinado á triunfar de la muerte.

Sócrates dirigiéndose á Alcibiades, estableció de una manera precisa la distincion que acabamos de hacer. Permitasenos reproducir sus palabras: «Solamente yo te amaba; los demás no amaban más que lo tuyo. Lo tuyo se marchita con el tiempo, pero tú empiezas á florecer y á creer.»

Lo tuyo es nuestra propiedad, el cuerpo que sirve como de asilo y de cárcel á la vez al propietario que es nuestra esencia, lo que constituye nuestra personalidad; nuestro pensamiento con las ideas, nuestra voluntad con las voliciones, nuestros sentimientos con todo aquel cortejo innumerable de tiernos amores, de profundas amistades, de vagas aspiraciones, de risueñas esperanzas.

La esencia pues existe en nosotros; la muerte respetará la esencia; siendo ella la que constituye nuestra personalidad, podemos decir que esta saldrá á flote en el naufragio á que la muerte nos expone.

Por esto, cuando el pensamiento se dirige en uno de susgiros aparentemente caprichosos, hácia un órden de ideas, ó una série de fenómenos, dejadlo que trabaje, no le desalenteis, no le distraigais en su lucha, que tal vez y sin tal vez resulte de ellos una nueva demostracion de nuestro destino, una prueba mas palpable de nuestra inmortalidad.

A qué viene esa griteria, á qué esos palmetazos repartidos sin ton ni son sobre las almas empeñadas en arrancar la evidencia sensible de nuestra inmortalidad? ¿Es que temeis realmente que no se salgan con la suya? ¡Qué mal parada queda nuestra buena fé! ¿Es que dudais ó no creeis que lo consigan?

Si es una verdad ¿por qué no ha de ser demos-

trada? Y si no lo es ¿al fin no ha de converecrse de ello el pensamiento? Es menester que se haga el último esfuerzo; que se consagre el pensamiento á dilucidar esta grave cuestion. El género humano no puede permanecer eternamente sumido en las sombras de la duda; ha llegado el momento de consagrar en definitiva el pensamiento á resolver esta grave cuestion. Eso es lo que hacemos nosotros. Y sin embargo, ¿cuánto insulto tenemos que soportar? Tal religion descarga sobre nosotros los rayos de su intolerancia, tal escuela nos prodiga á manos llenas los sarcasmos de sus fecundos ingenios, los hábitos sociales se vuelven contra nosotros, se burla la sociedad de nuestros solitarios trabajos, se nos persigue con el ridiculo todo ¿por qué? porque nos empeñamos en trabajar para traer á la humanidad la certidumbre de la inmortalidad del individuo. ¿Y qué nos cabe oponer á ese diluvio de nuevo género? La indiferencia á los insultos, la compasion á los que insultan. Dejad, dejadnos perseguir nuestros trabajos y cuando hayamos obtenido el resultado que perseguimos, entonces abrid si quereis las fuentes de vuestro ingenio, precipitad sobre nosotros la hiel y el veneno de vuestra calumnia. ¿Qué nos importará?

Lamentamos amargamente estos ataques bruscos sin fundamento racional con que se combate al Espiritismo, y los lamentamos no por lo que á cada espiritista pueden afectar, sino por lo que retrasan las soluciones á que debemos llegar como lógico resultado de nuestros trabajos.

Nuevas direcciones, nuevas rutas trazamos al pensamiento; procuramos (para convenceros á todos) observar al alma en su verdadera vida. Pedimos tranquilidad y tolerancia; y ¿por qué no decir urbanidad, si parece que esta se olvida cuando se trata de atacar al Espiritismo? Dejad hacer, dejad pasar, dejad hacer al pensamiento, dejadle trabajar; si logra confirmar con el testimonio de los sentidos, la fé en la inmortalidad, la humanidad le deberá agradecimiento, y si logra desvanecer un error deberále agradecimiento tambien, pues que le habrá librado de la pesada carga de una preocupacion.

Dejadlo hacer, dejadlo pasar. Respetad al pensamiento en su trabajo.

Hacemos aquí punto final. Bien que realizando el fin que nos proponíamos dentro de nuestras débiles fuerzas y nuestros escasos recursos, hemos apuntado al final las consideraciones que preceden, lo cual nos ha apartado del plan que nos habíamos trazado. Pero como hemos considerado que no podíamos prescindir de hacer alguna alusion á esa lucha que en pro del ideal sostiene el Espiritismo y los espiritistas, pues que sus investigaciones deben aportar nuevos datos en el problema de la inmortalidad, de ahí que le hayamos consagrado algunas lineas, dando con ello expansion á nuestro corazon, y completando nuestras ideas.

Atax.

(Revista de Estudios Psicológicos.)

MILAGROS VERDADEROS Y MILAGROS FALSOS.

¿Por qué será que voy á escribir un articulo sobre tales asuntos? Creo que es para convencer á los incrédulos, de que hay milagros verdaderos: y á los crédulos en demasia, de que hay milagros falsos. Temo, sin embargo, que este artículo ha de convencer á los unos y á los otros, ni mas ni menos de lo que el sermon del glorioso San Antonio de Pádua convenció á los peces, que terminado el sermon, volvieron las colas al Santo, tan peces, y con tantas escamas, como antes de escuchar la edificante plática. ¿Por qué dirigiria San Antonio su palabra á los peces? Tal vez porque habria tenido ocasion de notar que hay peces tan estúpidos como ciertos hombres, en quien no bastan razones, ni aun pruebas, para apearles de su estupidez. Yo, porque sé que hay hombres tan imbéciles como ciertos peces, por esto temo que mi artículo no ha de hacer abrir los ojos ni convencer á nadie. Bajo este punto de vista, el sermon de San Antonio podria muy bien considerarse como una alegoria perpétua; pesadilla de los que dirigen su palabra á ciertos públicos, con objeto de ilustrarlos. No obstante, allá voy, y con algunos libros á la vista, en que tomar lo conveniente, espero decir algo. Venid acá incrédulos, y decidme, ¿cómo podeis dudar de que ha habido milagros verdaderos, viviendo como vivis sobre un átomo del Universo, creado por Dios omnipotente? ¿Puede imaginarse un milagro mayor que el de crearse Dios á sí mismo, y luego el otro que hizo con crear todo el Universo de la nada, es decir, sin materiales, ni elementos de ninguna clase?

Despues de esta sencillísima pregunta, vuestra incredulidad ha de quedar confundida y forzosamente aplastada, porque negar los primeros y los mayores de todos los milagros hechos y por hacer, seria negar la casi evidencia, y por consiguiente casi recurrir en el mas ridículo de todos los ab-

surdos. Admitido por vosotros no mas que este gran milagro de la Creacion del Universo, si discurrís un poquito mas que los peces, habreis de admitir tambien, que quien hizo tan gran milagro, bien puede haber hecho y hacer, siempre que lo tenga por conveniente, otros de menor importancia; y además conferir facultades á quien quiera, para que este pueda hacer á lo menos milagritos; pues que todos los milagros han de resultar diminutos, comparados con el milagrazo susodicho. Y me parece, señores incrédulos, que ya les he dejado confundidos y forzosamente obligados á admitir y á confesar que ha habido y, por consiguiente, que siempre puede haber milagros verdaderos: *Quot erat demons trandum.* Ahora pasemos tambien á demostrar que entre los verdaderos, han solido y suelen algunos trujamanes, intercalar no pocos milagros falsos. Doy por sentado y admitido que únicamente caben los verdaderos dentro la religion verdadera, que en España, como ustedes saben, es la Católica. Si alguno lo dudase, tome nota de cuantos millones pagamos los españoles todos los años para mantenerla, y vera muy claro que si no fuese la verdadera, no habriamos de dar un ardite por ella. ¡Pues somos bobos! Han de saber ustedes, señores crédulos en demasia, que todas las religiones antiguas á medida que con el tiempo les fué tocando el turno de ser las verdaderas, todas milagrearon que era un pasmo: y como despues ha resultado que nunca fueron verdaderas, ni por asomo, es evidente que todos sus milagros fueron de mentirigilla. Hoy mismo, los judios y los moros, ¡infelices! hablan con tanta formalidad de sus milagros, como pudiéramos hablar nosotros mismos de los nuestros, y sus falsas y perniciosas creencias van pasando de padres á hijos como moneda corriente, sin ver que solo son verdadera moneda para sus sacerdotes.—Supongo recordarán ustedes la gran competencia que hubo entre Moisés y los Magos de Egipto, en eso de hacer milagros; y si bien los de Moisés, como saben Vdes., eran los verdaderos, los de los otros fueron tan bien imitados, que los espectadores quedaban siempre en grandes apuros para decidirse. Esto, como digo, es tan cierto, como todo lo que consta de las Sagradas Escrituras, y Vdes. no lo ignoran.—Todo el mundo católico sabe que sobre dos ó trescientas imágenes han sudado, (de veras, se entiende,) sangre unas, y agua otras, constituyendo cada uno de estos sudores un verdadero milagro. Pues para que se vea que ya antes del Catolicismo, los milagreros falsos habian fingido sudores en sus ídolos abominables, diré á Vdes., tomándolo de un acreditadisimo autor, que el bellaco de Lucio Floro inventó la farsa de que la estátua de Apolo Cumano habia sudado cuando los romanos pelearon con los Sirios. El socarron de Julio Obsecuente reconoció que la misma estátua habia resudado, cuando Marco Perpenna venció al rey Aristónico. Y Lucano dice en sus guerras civiles, sudaron y lloraron los dioses tutelares de Roma:

Indigetes flevisse Deos, urbisque laborem.
Testatos sudore Lares.

Todo lo cual se puede leer en donde yo lo he visto y leido.

Por esto seguramente, el difunto Sr. Paulo Zachis, ciudadano romano, decia, aunque lo decia en latin: *Cuantos mas tontos hay en un pais, tantos mas milagros se creen.* ¡Cuidado si han pasado años desde que el señor Zachias lo dijo, y aun se cree en milagros!—Debian andar tan mezclados los falsos con los verdaderos milagros antiguamente, que en el siglo V. se juntó un concilio de 70 obispos, que prohibió una porcion de historias de Santos, por contener hechos contrarios á la verdad; hechos que no eran muy numerosos, pero asemejaban á aquellas historias santas, á las patrañas mundanales.

Continúa hablando el mas sesudo español moderno, y da á conocer el por qué de tanta charla, tantas crónicas y tantos volúmenes impresos, gacetillas y sermones sobre falsos milagros, y dice: «No celebran los hombres lo excelente, sino lo raro, ó solo lo raro tienen por excelente. Nada hallan admirable en lo que diariamente miran...»

«La plebe, siempre vana y crédula, en materia de milagros es vanísima: andan tan juntas su rudeza y su piedad, que se prohijan á esta los partos legítimos de aquella.

«La nimia credulidad de milagros que es hija de la ignorancia, contra todo derecho se adopta á las religiones» (¿Por cuál lo diria?)

«¡Cuántos llantos ó sudores misteriosos de sagradas estátuas, corrieron en varios paises, sin mas existencia que la que les dió un engañoso viso, ó una imaginacion fantástica!»

«En los primeros años de este siglo (1728) se proclamó tanto el sudor de un Crucifijo, no como término, sino como síntoma de la enfermedad que entonces padecia España, que pasó á los reinos estraños la noticia como muy verdadera, siendo fabulosa; y en un autor francés la vi yo impresa, como cosa en que no habia la menor duda.»

¿Por qué será, digo yo, que á los milagreros falsos siempre les ha dado el naipe por hacer sudar á las imágenes sagradas? «En Nápoles, (dice otro autor,) como sabe todo el mundo, tiene lugar todos los años la milagrosa liquefaccion de la sangre de la efigie de S. Genaro. Despues que Victor Manuel entró triunfante en aquella ciudad, corrió el rumor de que el milagro anual susodicho no tendria lugar. Pero Victor Manuel mandó llamar á los sacerdotes que cuidan allí del negociado de sus milagros, y lleno de profunda fé en lo que debia tenerla, les dijo tan piadoso como enérgico:

—«Espero que este año se verificará el milagro».

Ellos allá rezaron é hicieron todas las demás cosas necesarias, y para eterno lustre de nuestra causa, el milagro se ha repetido lo mismo que antes, sin que una sola gota del líquido haya dejado de cumplir con su deber. ¿Que dirán á esto los impíos? ¿Qué han de decir, digo yo, sino que esto prueba que todo es farsa? ¡Son muy malos! Volviendo á ocuparnos de milagros falsos, referiré uno que aun entre ciertas gentes piadosísimas, pasa por verdadero y se atribuye á San Atendio.» «La Crónica», segun el autor de que me voy utilizando, lo cuenta como sigue: «En aquel año, andaban los Vándalos destroyendo tierra de Francia, é desfacían las iglesias, é mataban á los Santos, así que en aquella persecucion fueron martirizados muchos Santos Mártires, y murieron San Florentino, San Hilario, San Desiderio arzobispo de Hugonia, San Vicente el Arcediano, otro si martirizado San Atendio obispo de Vesitania. E de este Atendio cuentan las estorias, que el mártes despues de Ramos, pasó por la puente de un rio, que ha nombre Divino, é vió en un campo gran campaña de diablos etc. etc. ¿Ven Vdes. especificado el dia, el país, el nombre del rio, el del obispo y el de la diócesis? Pues ni hay tal San Atendio en ningun martirologio, ni hubo jamás obispado de Vesitania, ni rio alguno que se llamase Divino.» Con cuyo motivo dice muy saladamente Feijóo, tratando de este y de una infinidad de milagros falsos: «Segun lo cual, esta fábula anduvo de obispo en obispo y de obispado, como de ceca en meca. Empezó por Turin; de allí pasó á Besanzon, dió una vuelta por el imaginario Vesitania, y pasó ultimamente en Jaen.»

Una persona decentísima, el Cardenal Cesar Baronio, trabajó muchísimo en borrar de los libros de la Iglesia los falsos prodigios; y por cierto que pasó largos años en la tarea. Eso si, lo hizo á conciencia, y solo dejó los verdaderos.

Antiguamente muchas Capillas, Iglesias y Monasterios, y no pocos particulares, se jactaban de poseer verdaderos dientes y muelas de Santa Apolonia, que como todos ustedes saben, es gran dentista, ó sea abogada de los que sufren dolor de muelas. Y se cuenta de un Papa que mandó recojer aquellas preciosas y verdaderas reliquias, y que hubo las suficientes para cargar un carro. Pues bien, que en todas partes del mundo hubiese necios bastantes para creerse poseedores de muelas de Sta. Apolonia podrá no ser milagro, pero lo parecee. Y ahora me ocurre ¿quien habria dado á tanto nécio, gato por liebre? ¿No podria ser que entre los que tenian á su cargo el negociado de las reliquias, hubiese habido impostores? Tal

vez con esta suposicion no me aparto mucho de la verdad, porque recuerdo haber leido en libros muy ortodoxos, que apenas destetada la Iglesia Católica, ¡parece broma! ya salieron falsas las actas de San Pablo y Santa Tecla, y le quitaron el empleo á un presbítero del Asia, que confesó haberlas rellenado de falsos prodigios, por el acendrado cariño que profesaba al apostol y por el gusto de que saliera lucido. Así, pues, el mismo sentimiento que produce los milagros verdaderos, produce los falsos. ¡Y vaya V. á escojer! Además, por recientes declaraciones del Sr. Papa, hemos sabido que aun ahora.... vale mas no repetirlo, porque no nos favorece mucho.

Si yo hubiese de referir una por una, todas las truhanerías, trampantojos y falsificaciones habidos en asunto de falsos milagros y de supuestas reliquias, tendria tela para tiempo, y el límite del presente artículo se va acercando á toda prisa.

Vdes. saben todos, que la burra de Balaam habló. Este milagro es innegable y de buen tono; pero lo que no saben todos Vdes. es que los mahometanos afirman, con la mayor gravedad, que unos camellos, en lengua turca, se fueron á quejar á Mahoma. *Risum teneatis.*

Despues de leer cuanto Baronio, Tomás Moro, Melchor Cano, San Gregorio y otros autores católicos han escrito acerca de milagros falsos, cualquiera podria incurrir en el error de pensar que estos señores no siempre creyeron sólidamente en todos los milagros vendidos por verdaderos, y Feijóo, como si se complaciera en remachar el clavo, dice, ni mas ni menos. «Todo era vulgo en aquellos tiempos en España, y aun en las otras naciones. Sugetos que hoy (1730) puestos en Londres, Paris ó Roma, apenas serian estimados como medianos matemáticos, eran tenidos por insignes encantadores. Cualquiera novedad de mecánica, relogería...sin remedio era diablura.» Y no contento con esto Feijóo añadia, á guisa de cachete: «Los que escriben ó refieren muchos milagros, no han menester mas pruebas para ser tenidos por sospechosos. ¡Si lo diria anticipadamente por «El Correo Catalan» que tan amenudo los refiere!

No hablemos de tanto pillo que se ha fingido enfermo mucho tiempo, para darse tono, atribuyendo su curacion á milagro; ni de los miles de romances en que se refieren grotescas maravillas, buenas para entretener la fé de los tontos solamente.

No digamos una palabra acerca las botellitas que con unas gotas de leche de la Santísima Virgen Maria traian de Palestina los cruzados, y aun se conservan en buen estado, porque allí no habia engaño, como no lo habia tampoco en la autenticidad de un dedo del Espíritu Santo que produjo en los buenos tiempos cantidades enormes, y estuvo de moda largos años. Y basta de milagros, porque los verídicos, tales como se han estilado en las religiones que han ido siendo la única verdadera, conforme les ha tocado la vez, son de naturaleza delicada, y sin haber recibido sagradas órdenes, no es conveniente, ni productivo tratarlos. Dejemos, pues, este asunto á los sacerdotes ilustrados y verídicos de todas las religiones actuales. Sin embargo, á los aficionados á milagros les diremos: antes de aceptarlos, vengan de donde vinieren, comprobad y averiguad con calma, y sobre todo, *mefiez vous des contrefacons.*

(De *El Ideal Moderno.*)

EL FIN DEL MUNDO EN RUSIA.

Existe en Moscou un pequeño periódico semanal, publicado por el clero ortodoxo ruso. Esta hoja se llama *Correo social y eclesiástico;* y como las autoridades, lejos de conceptuarla defensora de ideas subversivas, ponen, por el contrario, todo cuanto está de su parte en propagar su publicacion, ésta aumenta más y mas cada dia, estendiéndose, sobre todo, entre el clero de las aldeas que se interesa mucho en acatar las pamplinas

y paparruchas de sus redactores, como verdades evangélicas.

Ahora bien; hace unos cuantos dias esa hoja inofensiva ha causado grandes trastornos y grandes calamidades en varias comarcas del imperio.

Hasta tal punto han llegado los desórdenen y la excitacion de los ánimos en dichas comarcas, que las autoridades cíviles y militares se han visto en la precision de tomar enérgicas medidas para reprimir dichos escándalos.

Bajo la fé que inspira una prediccion cualquiera, ú un *canard* periódicamente repetido por la prensa láica, el piadoso *Correo social y eclesiástico*, habia anunciado el fin del mundo para un breve plazo, añadiendo á la fatal noticia una multitud de consideraciones *untuosas* sobre las infamias y bajezas del género humano.

Esta siniestra profecía, escrita en un estilo tan vehemente como dramático, excitó vivamente la imaginacion del clero lugareño y de sus feligreses, quienes lo creyeron á piés juntillos y sin la menor vacilacion.

Algunos *popas* (1), tal vez ménos crédulos, pero no ménos industriosos, olfatearon al punto esta especie y olieron en ella una excelente ocasion para *hacer negocio* y enriquecerse rápidamente á costa de los pobres aldeanos.

Bien pronto, en todas partes donde se tuvo conocimiento de tan grande como sorprendente noticia, encontró la mejor acogida entre los santos ministros de Dios, quienes no teniendo otro cargo que mirar por la salvacion de las almas, se preocupaban muy poco de las consecuencias materiales que sus sermones pudieran origínar. Asi es, que muy luego no se oyó en todas las iglesias, más que una aterradora é idéntica lamentacion, á la que seguian despues de salir del templo actos de una verdadera imbecilidad.

En el gobierno de Mohileu los sacerdotes no se limitaron á iniciar á los fieles en los misterios de catástrofe tan tremebunda, sino que, exhortándolos á obrar bien, unieron el ejemplo á sus predicaciones, obteniendo que un gran número de feligreses les hicieran entrega de sus ahorros, con el santo fin, segun decian, de escribir con buenas acciones las páginas del último capítulo con que habia de terminar la obra del mundo.

Además, como hubiera sido irreverencioso comparecer ante Dios con la camisa súcia, ordenaron á los campesinos que para la primera quincena de Noviembre tuvieran preparada ropa limpia; con la que habian de vestirse, no bien distinguieran una señal precursora que desde el cielo anunciaria de antemano el dia del cataclismo. «Es lo ménos, concluian, que podemos hacer para festejar el dia del último juicio.»

En varias localidades, y muy particularmente en el distrito de Balta, los labradores fundándose en el minucioso programa preconizado por el clero, llevaron la lógica y la resignacion al estremo de rehusar toda clase de trabajo ulterior—¡hasta la quietud cínica de Diógenes! Los que tenian dinero se marchaban denodadamente á la taberna para esperar allí el fin del mundo en agradable compañía. Tal vez Baco, tuviese «influencias» en la corte celestial, y en este caso era conveniente estrechar los lazos de amistad con tan ilustre personaje.

Otros aguardaban el momento tan temído, durmiendo concienzudamente.

Hasta los mismos taberneros, convencidos de la inutilidad de continuar en adelante su comercio—abrieron gratuitamente y de par en par las puertas de sus bodegas, lo que ocasionó orgías monstruosas, en que la policia, de un modo desusado, pugnó por conjurar, no solo el fin del mundo anunciado para Noviembre, sinó la sistemática clausura de todas las puertas y ventanas.

«A estas horas, se decian unos á otros con mucha gravedad campesinos, la santa virgen no hace mas que rogar por la salud de nuestras almas; no duerme ni come: no bebe! No está consagrada mas que al rezo, y cuando se haya fatigado..... entonces vendrá el fin del mundo.»

En el distrito de Jampol (gobierno de Po-

(1) Sacerdotes del rito griego.

dolia), pueblos enteros se creyeron obligados á vender á los judios sus animales, sus vestidos de fiesta, y todo cuanto no les parecia estrictamente indispensable para el gran dia. Algunos carpinteros que estaban haciendo obras de su oficio para construcciones y nuevos edificios, fueron á avistarse con los dueños y despues de haberles demostrado que seria absolutamente ridiculo comprar una casa que nunca serviria á nadie, les pidieron sin retraso el pago de sus jornales.

En cuanto á las mujeres, generalmente más supersticiosas que los hombres, es de notar que la aficion innata en ellas, hácia sus vestidos, y el amor tambien innato hacia sus pañuelos, hicieron desistir en mas de una ocasion á sus maridos de sus locos intentos. Así es que en distintos casos fueron las mujeres las que, con el llanto en los ojos, corriendo á requerir á la policia judicial para impedir la dilapidacion del bien de la comunidad ó para denunciar las maquinaciones interesadas de los *popas*.

En resúmen, en todos los lugares en que el clero ha podido explotar con utilidad para sus fines personales ó para la mayor gloria de Dios, el famoso artículo del *Correo social y Eclesiástico* ha habido desórdenes sin número y se ha dado rienda suelta á las mal desenfrenadas costumbres.

No es esta, sin embargo, la primera vez que han circulado noticias de este género. En todas partes, en todos los paises, bajo todas las latitudes, se ha abusado de la credulidad del pueblo, propagando la absurda especie de haber llegado el momente en que tuviera fin el mundo.

Hoy la difusion del progreso y la vigilancia de las autoridades la han hecho materialmente impracticables en todos los pueblos, excepto—como acabamos de ver—en Rusia, donde el gobierno habrá de sostener más de una lucha épica antes de poder proteger eficazmente á la clase agrícola contra la imbecilidad y la briboneria del clero.

Por otra parte, el ministerio del Conde Ignatieu comete el error de querer, segun la tradicion, continuar sirviéndose del clero para la moralizacion de la clase labradora. El medio sería aún admisible si el clero no fuese, lo que es público y notorio, la parte más gangrenada del pueblo ruso.

No resta, pues, otro recurso al gobierno del imperio que el fomento de las escuelas, único medio que desarrollando la ilustracion, podrá llevar un remedio eficáz á la ignorancia del pueblo contra las supercherias del elemento clerical.

(De *El Voto Nacional*).

MILAGREJOS.

Algunos *incrédulos*, para quienes la fé es poco menos que una mentira, no solamente niegan los milagros, sino que se empeñan en probar su imposibilidad, manifestando que Dios jamás ha cambiado ni cambiará las leyes de la naturaleza; porque no solo Dios es inmutable, sino que lo son tambien sus leyes, que son perfectísimas como emanadas de la infinita sabiduria. Solo lo relativo es perfectible, como que es obra del hombre; lo absoluto es por su naturaleza inmutable. Pero en fin, dejemos á esos *incrédulos* que prefieren creer que los israelitas al salir de Egipto pasaron por el Itsmo, hoy canal de Suez, antes que creer que atravesaron el mar Rojo á pié enjuto, cuyas aguas habia dividido Moisés con su varita milagrosa; pues si no creen estos milagros que están consignados en letras de molde en muchos libros que se llaman sagrados, será preciso que crean en los milagrejos que diariamente se descubren, y que los periódicos neos insertan en sus columnas para edificacion de beatas, peregrinos, reparadoras y demás acólitos por el estilo.

Los ultramontanos explican por medio de milagrejos el orígen de ciertas cosas que, á los ojos del vulgo, no tendrian ninguna importancia, si su orígen lo debieran á las leyes naturales y ordinarias de la naturaleza. Por eso era tan comun en lo antiguo atribuir un origen divino á ciertas instituciones, que no habrian podido implantarse ni hacerse respetar por el pueblo, si hubiesen sido impuestas como creaciones del genio ó de la ambicion humana.

Hasta ahora todo el mundo habia creido que los fantásticos y caprichosos conos de la montaña de Montserrat databan como las demás

montañas graníticas de los dias de la formacion geológica del mundo, y así lo creerán sin duda, algunos sabios presuntuosos; pero los que hemos tenido la suerte de leer el seráfico *Semanario de Manresa*, sabemos ya que dichos conos no existian antes de la muerte de Jesucristo. Y en tanto es así que el corresponsal, en Montserrat, de dicho *Semanario*, despues de hacer una *poética* descripcion de las referidas montañas, y de pintar los variados horizontes descubre el curioso que se toma la molestia de subir hasta la ermita de San Jerónimo, exclama lleno de un entusiasmo aterrador: *Si de todo el conjunto de bellezas que aquí la naturaleza nos ofrece la ciencia se ve en gravisimo apuro para darnos una explicación satisfactoria, la fé y la tradicion* (no sabemos que fé ni que tradicion serán estas) *nos dicen que la montaña se rasgó al espirar Jesús en la crúz, como á eterna protesta de aquel nefando crímen cometido por los judios*..... He aquí un pequeño milagrejo que explica de un modo terminante lo que la ciencia con toda su presuncion no podria explicar.

Semejante modo de buscar el origen de las cosas, data ya de una antigüedad que se pierde en la noche de los tiempos. Efectivamente; el arco iris que por la refraccion de la luz sobre una nube oscura vemos aparecer con tanta frecuencia en nuestros dias, segun los historiadores sagrados, data de los tiempos de Noé. Verdad es que los que presumen de sabios, aferrados en su vana ciencia dirán que la luz no ha sufrido variacion alguna en su esencia, y que lo mismo se refractaba antes de Noé que ahora, pero digan lo que quieran, la fé (ciega por supuesto) nos enseña que Dios para ratificar la promesa de que no enviaria otro diluvio sobre la tierra, hizo aparecer el arco iris. Lo cual implica la negacion de que antes hubiera aparecido.

Otro milagrejo se nota en la vejetacion que crece lozana y exuberante en las cuencas, barrancos y repechos de la misteriosa montaña. Segun el precitado corresponsal, carece de los elementos de vida que son necesarios para una vejetacion tan robusta, tanto dice: *que. allá no corren arroyos, ni hay humedades, ni se encuentra una sola fuente; que carece, en suma, Montserrat, de las condiciones fertilizantes que sostienen el eterno verdor en las montañas de las provincias del Norte, en el Pirineo catalan, Sierra Nevada, en Sierra Morena, etc., etc.* De modo que todas esas maravillas no tienen razon de ser; la ciencia es impotente para explicarlas, y la naturaleza para producirlas. Solo se explican por los explendorosos rayos de la fé (ciega) que alumbra los entendimientos de toda la canalla nea con aquel divino fulgor que desciende de las supremas alturas. Y por medio de esa luz sobrenatural, el corresponsal ha visto que todas esas maravillas las modeló Dios para que sirvieran de trono á la Virgen de Montserrat; y en medio de su *entusiasmo católico* exclama: *¡Bendita fé que por caminos tan sencillos y consoladores, pone á nuestro alcance secretos que la vanidad de los sabios no puede descifrar ni comprender!*....

Por medio de este proceder tan sencillo como ingenioso, pueden explicarse los fenómenos mas complicados y resolverse los problemas mas dificiles de la naturaleza.

Por consiguiente, el ultramontanismo se muestra mas consecuente cuando anatematiza la ciencia, y se declara acérrimo enemigo del progreso; por que, en último resultado, ¿para qué sirven los estudios y cálculos de los hombres pensadores? ¿Para qué devanarse los sesos en estudiar la naturaleza, en escudriñar sus secretos, y en querer explicar las causas de ciertos fenómenos, cuando basta la sencilla invencion de un pequeño milagrejo para resolver los mas dificiles y complicados problemas de la creacion? Acatemos, pues, sus prudentísimos consejos, desechemos el estudio, abominemos del progreso, y entregándonos en cuerpo y alma á su direccion, seremos los herederos del cielo, mientras ellos se harán los señores de la tierra.

Nada diremos de los anacoretas que vivian solos en las ermitas de aquella famosa montaña, y que han sido expulsados por la tiranía de estos ilustrados tiempos en nombre de la libertad, segun asegura el corresponsal; porque como esto no constituye ningun milagrejo, no es objeto de nuestro artícolo. Solo si le advertiremos que si no existen los tales anacoretas, es porque no hay quien quiera prestarse á ese género-bufo de vida; pues los modernos tiempos que permiten vivir en comunidad á los monjes, no pueden ser obstáculo para que vivan aislados. Y esto que la actual sociedad comprende perfectamente el inícuo y vergonzoso comercio que están haciendo semejantes congregaciones. Y tenga entendido el corresponsal, que si los tales anacoretas no existen, no es porque la libertad ni los liberales se opongan á ello sino porque no lo creen conveniente á su comercio los monjes de Montserrat.

Las cosas tal como sean.

Dejando á parte todo aquello que sea fruto de los milagrejos por supuesto.

¡Oh! eso si, señor corresponsal.

(*De la Montaña.*)

LAS DECLARACIONES
DEL CANÓNIGO CAMPELLO.

Hé aquí la carta por medio de la cual el conde Enrique de Campello, canónigo de San Pedro en Roma, ha anunciado al cardenal Borromeo, prefecto de su capítulo, que habia abjurado de la religion católica para abrazar el protestantismo:

«Reverendísima Eminencia: Durante los últimos años del pontificado de Pio IX, mas de una vez he estado á punto de dirigir á Vuestra Eminencia una carta destinada á declararos lo que voy á exponer á continuacion. Sin embargo, constantemente me ha detenido al temor de causar desazones á un hombre tan entrado en años, y hácia el cual estaba obligado por lazos de gratitud.

Habiéndole sucedido monseñor Pecci en el Pontificado, esperaba, como otros muchos hombres de buena fé, un porvenir mejor para la Iglesia y para nuestro pais. Pero esa esperanza ha desaparecido por completo, y lo único que me resta hacer es cumplir sin vacilaciones el imperioso deber que me han impuesto mis convicciones de cristiano y de ciudadano Italiano.

Estas convicciones no me permiten pertenecer por mas tiempo á una institucion, que, vencidas en luchas seculares, por la libertad y el progreso, exige que sus ministros sigan formando una especie de casta india en medio de la sociedad moderna. Como acabo de indicar, habia dirigido mis ojos hácia el nuevo Pontífice, esperando verle dar trégua á los males que durante tanto tiempo nos han afligido; pero la condenacion lanzada contra la reciente publicacion del padre Curci, y que confirma la preferida contra el canónigo Audicio, rasga ios últimos velos, y prueba que el ódio de partido es implacable.

La historia nos enseña además que semejantes condenas han sido aplicadas en otros tiempos á los hombres mas ilustres, no solo de este país, sino de otras naciones, y que, sacerdotes venerables por su ciencia y por su virtud, y cuya ortodoxia está por encima de toda sospecha, no se hallan al abrigo de tales manchas.

Esas condenas, lo repito, han redundado siempre en honor de los condenados y contribuido al descrédito de sus jueces. Sin embargo, todo esto no es mas que una prueba evidente de la mas abominable tiranía, la cual, no limitándose exclusivamente á imponer silencio, tiende á ahogar la voz de los oprimidos, como en otros tiempos sofocaba los últimos sollozos de sus víctimas.

¿Que pruebas concluyentes y qué consecuencias ciertas hemos de sacar de tales condenas? Ninguna otra, Eminencia, mas que la de que la ruptura secular es irremediable, y que nunca hemos de ver esa reconciliacion entre la Iglesia y el Estado, tan anhelada por todo buen cristiano y buen ciudadano. Por lo tanto, si la ruptura es irremediable á pesar de la invencible terquedad del jefe del catolicismo, invencible gracias á la constitucion del sistema en que ha sido fundida la obra de Cristo, y es siempre mantenida por la insaciable avaricia de los hombres; si los vencidos del poder caido quieren proseguir el combate armándose de obstinacion á falta de prudentes consejos, sin tener en cuenta las escisiones sociales que dividen á nuestra generacion, no preocupándose ante una derrota de la idea cristiana, si esta derrota fuese posible, entonces no vacilo en declarar que esta inaudita ceguera no tiene ejemplo mas que en la del judaismo.

Sin buscar otras pruebas, la verdad de lo que acabo de consignar se halla demostrada por la última alocucion, mezcla falaz de mentiras y exageraciones, por medio de la cual se intentaba arrastrar á Italia en la ruina del Papado.

La evidencia de estos hechos me ha abierto los ojos, y me considero libre de todo la-

zo, así como de toda preocupacion. Abandono las filas del clero romano, para combatir en lo sucesivo al lado de los defensores del Evangelio puro de Cristo, permaneciendo fiel á mi vocacion y seguro de hallar la paz de mi alma. Fortificado por las doctrinas no adulteradas ni contrahechas del Divino Maestro, tendré derecho á llamarme cristiano sin hipocresía, y á llamarme ciudadano italiano sin que se me acuse como sospechoso de querer hacer traicion á mi país.

Nadie, y vuestra Eminencia menos que ningun otro, supondrá que he dado este paso á causa de malos tratamientos y de ambiciones fallidas. Afirmo, por el contrario, que he sido muy bien recibido siempre en todas partes. Mis colegas, sobre todo, me han honrado con una benevolencia especial, de la que guardaré los mas gratos é imperecederos recuerdos.

Además, el título de canónigo de la primera basílica del mundo me era tan caro, que ningun otro objeto de ambicion habria podido seducirme. Me veo arrastrado tambien por el sinsabor de una vida pasada por entero, ó poco menos, en no interrumpidos ejercicios religiosos.

Todos los hombres de buen sentido han de convenir en que cinco ó seis horas de inútiles ceremonias practicadas diariamente á la sombra de una iglesia, no constituyen mas que una idolatría estúpida y una ociosidad envilecedora. Pero lo que ante todo decide de mi conducta es el estudio de la fé en las discutibles páginas de la antigüedad cristiana y en las obras modernas de esos hombres inmortales qué se llaman Rosmini, Gioberti y Ventura ó de ese excelente sacerdote romano apellidado De Sancti.

Por eso ruego á Vuestra Eminencia que notifique al Pontífice mi abjuracion espontánea de la religion católica.

De vuestra Eminencia afectísimo,

Conde Enrique de Campello.»

La entrada oficial del neófito en el protestantismo se ha celebrado en el templo metodista.

El conde Campello tiene cuarenta años, y pertenece á una familia noble de Spoleto, Sus hermanos son oficiales de la guardia del Papa, y su tio fué ministro de la Guerra en tiempos de Pio IX.

Otro Campello formó en 1867 parte del Gabinete Rattazi á título de ministro de Estado.

(De *El Globo*).

MISCELÁNEAS.

La Cuna de Cervántes.—Hemos tenido la grata satisfaccion de haber recibido el número extraordinario, que, la redaccion de este periódico dedica, con motivo del aniversario de su natalicio, al príncipe de los ingenios españoles, al inmortal Cervántes.

Lleva la fecha de 9 de Octubre de 1547 y está impreso con todo el carácter de época, tanto en el papel y letra, como en el estilo, noticias caracteristicas y locales, muy curiosas, y que revelan el gusto con que aquella redaccion ha querido celebrar esa fecha memorable de nuestra historia literaria.

Felicitamos cordialmente á nuestro colega, por haber llevado á feliz término un pensamiento tan loable y digno de agradecimiento por cuantos rendimos culto á la memoria de los hombres que nos han honrado con su genio.

—

La sociedad cientifica de estudios psicológicos de Paris, ha puesto á la venta el interesante libro de Eugéne Bonnemere, «El Alma y sus manifestaciones á través de la historia,» cuya obra fué coronada por dicha sociedad.

Un volumen de 350 páginas, se vende á 3'50 francos; rue Neuve des-Petits-Champs, número 5. Mr. Bonnemere es el autoe de «L'Histoire des Paysans, L'Histoire des Cemisards y de La France sous Louis XIV.» Los periódicos franceses hacen grandes elogios de este nuevo libro.

La otra obra que tambien fué agraciada con el premio Guerin, es de Mr. Rossi de Gustiniani, titulada «Le spiritualisme dans l'histoire.» Se vende en el mismo punto á 3 francos.

Imprenta de Costa y Mira.